

Nunca olvides que te quiero

DELPHINE BERTHOLON

Traducción de
Carme Geronès

Grijalbo

Título original: *Twist*

Primera edición: marzo, 2010

© 2008, Éditions Jean-Claude Lattès
© 2010, Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2010, Carme Geronès Planagumà, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-4384-1
Depósito legal: B. 6.390-2010

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex
Ctra. BV2241, km 7,4
08791 Sant Llorenç d'Hortons

GR 4 3 8 4 1

Hacía tanto tiempo que no nos habíamos dicho nada.

LIBRO I

*Guéthary, 9 de septiembre,
tiempo despejado, 18°, suave oleaje*

Cariño:

Larry ha vuelto a hacer sus necesidades en el baño. Ha dejado rastros por todas partes, una verdadera «asquerosidad», como dirías tú. He leído en una revista que el vinagre blanco le haría huir de la bañera y que la lejía lo llevaría de vuelta a su caja. ¡Y qué más! Le gusta tanto beber del grifo que no hay forma de sacarlo de allí, sobre todo ahora que acaba de aprender cómo se abre la puerta. En fin, por probar que no quede.

No hago más que hablarte del gato, es una ridiculez. Soy ridícula. Pero el ridículo no mata, al contrario que la desdicha, de modo que, ¿qué voy a hacer?, pues hablar del gato.

Estos últimos días parece deprimido.

Esta mañana he pasado un buen rato mirando afuera. Hace unos días que brilla el sol, y lo hago tan a menudo que la nariz se me ha puesto roja. Al parecer esto me da buen aspecto, eso dice tu padre. Tiro del sillón de rejilla hasta colocarlo delante de la ventana del salón, en el lado sur, para tener una vista despejada. Intento interesarme por las cosas más pequeñas para pensar menos en las grandes, así que me siento y miro. El cielo, sobre todo. Es increíble lo que pasa en él, a veces las nubes adoptan la forma de tu cara, de una ballena o de una camelia. Y otras el viento las hace avanzar tan deprisa que parecen aviones. Hoy tienen el aspecto de la nata.

¡Ah!, no te lo había dicho: he cambiado las cortinas. El sol las había atacado tanto que el rojo de las flores se veía pardusco. Cada vez que las corría, puede que por lo del defecto de Papy, me ponía triste. Así que el sábado nos fuimos con Amélie al centro a escoger una tela. Como el curso ya ha empezado, aquello parecía un hormiguero, hasta tal punto que tuve que salir; menos mal que tu tía hizo cola por mí. Las nuevas son muy sencillas, de algodón gris perla, pero cambian la luz de la estancia. El salón se ve más grande y no

sé si eso es bueno. En estos momentos cualquier cosa me ahoga.

«¿Sabes qué pareces ahí sentada sin hacer nada?»

Pierdo con facilidad la noción del tiempo cuando estoy mirando por la ventana, de modo que tuve un sobresalto. Raphaël estaba apoyado en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados y los pulgares metidos bajo las axilas, como suele hacer. No sé cuánto tiempo llevaba allí pero un dolor brusco me atravesó la nuca, como si su insistente mirada me hubiera herido. No respondí y él se puso a rebuscar en la biblioteca. Tu padre escoge un cuadro cada vez que no sabe qué decir; lo ha hecho siempre, claro... es su forma de confesar «te quiero». Pero después de ello tengo la sensación de que solo dialogo con obras de arte.

Se acercó con una monografía de Hopper en las manos. La hojeó un instante, su dedo se detuvo en una página y me la pasó. Miré el cuadro, *Eleven AM*.

«Pero está desnuda —objeté—. Además, apenas son las nueve.»

Creo que quiso darme un beso pero, al final, nada. Solo sonrió, esa sonrisa que tú no conoces de él y que significa nostalgia. Se puso la americana, se arregló el nudo de la corbata —la de las miosotas— y se fue a trabajar. Me quedé sola, con el libro en el regazo. Comparé el color de mi pelo con el de la mujer sentada en la butaca azul; Raphaël tenía razón: caoba, como el tuyo. Miré mis pies, y llevábamos los mismos zapatos. Por las manos cruzadas en una postura inquieta, asomada a la ventana, se adivina que espera a alguien; a alguien que, sin duda, no volverá. De pronto me entraron ganas de llorar, pero me mordí el labio inferior, levanté la cabeza hacia el techo, solté un suspiro y se me pasó.

Tu padre me mira siempre, en cambio yo ya no lo consigo. Dice: «Una mariposa nocturna, tu mirada». Lo repite cuando estamos en la cama, cuando ha bebido demasiado, cuando intenta abrazarme y yo tampoco lo consigo. A ti puedo decírtelo, mira por dónde.

Cariño, llaman a la puerta. Será Amélie: me acompaña a la consulta del doctor Lastiri por mis ataques de pánico, ya sabes, cuando el corazón empieza a latirme tan deprisa que me dan sacudidas y ya ni soy capaz de ir a comprar unas cortinas sola.

Nunca olvides que te quiero.

MAMÁ

Al principio

Cuando se fueron, me sentí tan mal que tuve que sentarme en el suelo: no tenía fuerzas ni para llegar a una silla. No sé cómo aguanté lo suficiente para no desplomarme en sus brazos, y en cuestión de abrazos debo decir que aquellos no eran nada del otro mundo. El «otro mundo» estaba formado justamente por la nube de espectros que acababan de despertar, pero claro, ellos no lo sabían. Desde su punto de vista, simplemente me traían una noticia... extraordinaria.

¡Un año y medio borrando su rostro! Milímetro cuadrado a milímetro cuadrado, a fuerza de negación, de borracheras, de libros leídos, de películas vistas y de ansiolíticos; un año y medio en el silencio, haciendo ver que... y de golpe Louison reaparecía bajo los rasgos fatigados de una pareja de inspectores arrastrando tras ellos la sombra de una niña a la que todos habíamos dado por muerta hacía años. Sonó mi móvil, no pude responder. Sentado sobre las baldosas esperé a que mis piernas se recuperaran, con la espantosa sensación de que los pelos de mi torso se convertían en espinas. Exactamente como el alma se apodera de un cuerpo en las películas de terror, los recuerdos me golpearon en el plexo solar, como un bumerán y a toda velocidad. El aire en mi estudio parecía haberse enrarecido, tenía que salir, costara lo que costase, cuanto antes mejor. Al cabo de un momento mis piernas se recuperaron. El resto, no.

Di un portazo: la carta que me habían traído se quedó allí, en la mesa de la cocina, aún cerrada.

En aquel momento no tuve valor para abrirla.

Delante del restaurante chino que linda con mi edificio, la hija de los dueños pasaba un trapo por los asientos de plástico. Como de costumbre, llevaba una falda tejana, una blusa de cuello redondo y unas merceditas de charol negro. En su eterno uniforme de domingo, siempre parece una muñeca recién extraída de una vitrina para sacar brillo al mundo. Como de costumbre, le dije: «Eh, Xuan». Me miró con un aire curioso bajo la cortina de su flequillo, me saludó con el extremo del mentón y se puso de nuevo a frotar los reposabrazos. Cuando me trasladé aquí hace cuatro años, ella apenas sabía andar: a esa cría es como si la hubiera visto nacer. En aquel momento cualquiera habría dicho que ni siquiera me había reconocido.

Me senté en el Pause Café, a pleno sol. Escuché el contestador: era mi madre, quien, algo tarde, me avisaba de la posible visita de la policía. En el otro extremo de la terraza, la Pelirroja leía *La sociedad de consumo* con las gafas de aviador apoyadas en la nariz; la semana anterior era un tratado sobre las fobias. Marco puso mi café sobre la mesa, con el olor a primavera tatuado en la camisa; desde hace unos días está haciendo un tiempo espectacular para ser abril, como si el cielo se hubiera trastornado. Con su fuerte acento del norte, me soltó:

—¿Qué tal, Stan, todo bien?

—De miedo —respondí, o algo así que seguro que sonó a falso.

Marco es el mayor seductor de la historia —como mínimo el mayor mitómano del barrio—, pero en lugar de contarme con pelos y señales sus últimas hazañas como hace normalmente y en especial los lunes, cogió la pizarra de la acera y empezó a dar color a la guirnalda de ensaladas, al tronco de atún

vuelta y vuelta y a la salchicha de Morteau con puré a base de pequeñas flores multicolores. El ángulo muerto de mi memoria acababa de anularse; imagino que se notaba. Mis ojos se perdieron en la contemplación de la Pelirroja, cuyo grácil cuerpo flotaba en un vestido *baby doll* de algodón verde. Siempre me he preguntado a qué se dedicaba para estar garabateando papeles a unas horas tan imprevisibles, pero nunca me atreví a dirigirle la palabra: «gato escaldado», como se suele decir. Bastó un instante observándola leer, bonita y estudiosa, y tomar notas en un Moleskine, para que casi olvidara lo que acababa de pasar. Encendí un cigarrillo con el gesto mecánico habitual, pero aquello no era lo habitual. El mechero que acababa de dejar sobre la mesa pareció hundirse en el mármol de imitación como tragado por una voz que hubieran expulsado del pasado, de unas profundas tinieblas:

«Si estás tan emperrado en autoasfixiarte, ¡hazlo como mínimo con clase!»

Louison había abierto la cremallera del bolso cilíndrico de cuero negro y, tras una excavación arqueológica en aquel cajón de sastre en el que llevaba sus cosas, había sacado un encendedor rectangular de metal dorado, algo mayor que una pieza de dómino, con unas iniciales grabadas que no eran las mías y mucho menos las suyas, A. D. Con su habitual sonrisa pendida en el rostro, me había quitado de las manos el mini Bic en el que se leía algo espiritual del estilo de *I'm on fire* y se había levantado para tirarlo. Desde el bar, contemplé cómo sus nalgas moldeadas por unos Levi's se contoneaban hasta el cubo de la basura mientras pensaba que aquel culo, tarde o temprano, iba a perder el mundo. Con un pulgar pintado de azul Klein, había accionado la ruedecilla del mechero dorado para encender el cigarrillo que yo tenía entre los labios: «¡Feliz cumpleaños, yonqui!». Le eché el humo a la cara.

Desde luego, ella no fumaba. Pero se trataba de una libertad que no tenía nada que ver con una pretendida fuerza de vo-

luntad, sino de algo tan simple como que jamás lo había conseguido, a pesar de todas las estrategias desplegadas para engancharse. Horas y horas escondida en un rincón del jardín intentando tragarse una calada, montones de paquetes echados a perder para conseguir ser como todo el mundo, litros de lágrimas vertidas ante la incapacidad de «apurar uno» entre clase y clase, pero no había nada que hacer, su cuerpo nunca quiso saber nada de eso. Hecha ya una mujer, claro está, sacaba gran partido de ello. «Venciendo sin peligro, baby, se triunfa sin gloria», le decía a menudo, porque no soportaba que la llamara «baby». Aquel primer regalo, el primogénito de una larga lista, apenas duró un mes. Louison me regalaba constantemente mecheros, pero se estropeaban al cabo de unas semanas, incluso aquel que me trajo de Moscú, el que llevaba el sello del ejército soviético. Cuando uno mira hacia atrás, el símbolo resulta asombroso.

En el otro extremo de la terraza, la Pelirroja recogía sus cosas. Echó el libro de Baudrillard, el boli y la agenda en su cesto de paja y se fue del bar, no sin antes hacer un gesto con la mano a Marco. Me pregunté si había que registrarla en su palmarés, pero, en consideración a mi salud mental, decidí que no. El viento se metía en su vestido y conseguía que se hinchara como una Granny Smith y, sin duda porque el Edén ya no quedaba muy lejos, me acordé de las palabras de Juan: «Y al principio fue el Verbo». En medio de aquellas palabras sagradas, pagué la cuenta.

Pasé por el quiosco; por supuesto, el suceso era motivo de grandes titulares. Compré una nutrida selección de diarios, sin ser plenamente consciente de que todo aquello era verdad.

De nuevo arriba, abrí la carta.

La leí.

Siempre quise ser escritor, pero después de Louison no he vuelto a escribir una línea. Escribir habría significado para mí hablar de ella, y en aquella época era incapaz de hacerlo. De to-

das formas, a través de la sutil trama de las existencias, alguien parecía querer que ejecutara mis sueños. No estaba seguro de querer revivir aquel año terrible durante el que me mantuve vivo bajo la forma de un felpudo, pero no podría escuchar los demonios de otro sin afrontar los míos: la extraña misiva apareció, pues, para reabrir la caja de Pandora. No estaba mal, ya que llegaban vacaciones. Las de Semana Santa.

La resurrección.

La primera vez que vi a Louison fue tres años antes, en el Jardín de Luxembourg. Estaba tumbada en la hierba, boca abajo, con el móvil adherido a la oreja. Sus piernas batían el aire, ahora una, ahora otra, con la regularidad de un metrónomo, y me distraían momentáneamente de la culpable contemplación de la parte posterior de su cuerpo. Llevaba unas sandalias blancas tan finas que parecía tener los pies encerrados en una caja torácica, unos vaqueros ceñidos y una camiseta beis excesivamente grande, tanto que a cada momento se le resbalaba del hombro y ponía al descubierto la parte de arriba del sostén, un triángulo de blonda negra que más tarde yo conocí al dedillo. La primera vez que oí su voz, vino a ser básicamente: «Vale. Pues que te den». Acababa de colgar. Supongo que se dio cuenta de que yo la observaba con la tenacidad de una cámara de vigilancia, porque torció el gesto. Seguro que no era más que una reacción malhumorada contra su ex interlocutor, pero fuera como fuese, yo me había apoderado de ella: según mi colega Antoine, siempre he sido un poco erotómano.

Sonó otra vez su móvil. Pareció dudar, pero por fin respondió: «¿Sí? Yo misma». Acto seguido unos niños lanzaron una pelota y ya no oí más. Los huesos de los extremos de sus pies reiniciaron su danza hipnótica, yo intenté sumergirme de nuevo en la lectura de *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, en vano. Es uno de los mejores libros que he leído, pero ella era

capaz de eclipsar a Murakami. En realidad, era capaz de eclipsarlo casi todo.

Al acabar la conversación, dejó el teléfono sobre la hierba y se puso boca arriba. La camiseta, con el movimiento, aún se abrió más. Con dos dedos se colocó bien la manga en el hombro antes de tumbarse. Se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el cielo, de un azul impecable; yo me quedé inmóvil, con los ojos fijos en sus labios rosa entreabiertos ante el verano. Imaginaba la textura de su piel, el olor de sus rizos rubio glaciar que, como un sol, se desparramaban por el césped, pero se levantó bruscamente. Se quitó las briznas de hierba del pelo, se frotó la espalda con la palma de la mano. Llevaba en el cuello una larga cadena de la que colgaba un dije con forma de manzana y empezó a toquetearlo con gesto nervioso cuando sonó de nuevo el móvil. Recogió el bolso de cuero negro y, mientras respondía a la llamada, se alejó por la avenida del jardín:

«¿Sí? Yo misma.»

En aquel instante, lo que más deseaba en el mundo era saber su nombre. Me enteré de él más tarde, y también de que posaba para pintores y fotógrafos para pagar el alquiler de su habitación en la rue des Canettes, lo que explicaba en parte la avalancha de llamadas que aquel día habían echado por tierra todos mis anhelos de seducción (aparte de que llevaba bermudas y no conozco a nadie que sea capaz de seducir llevando bermudas). Era de provincias; su padre era carpintero, su madre no trabajaba. Nunca tuve el placer de conocerlos pero —evidentemente— vi fotos de ellos. Viven en una casa de pueblo hecha de piedra dorada, cerca de Villefranche-sur-Saône y, a pesar de que es de propiedad, sus modestos ingresos y los dos niños a los que tienen que mantener no les permiten financiar los estudios de su única hija, y menos los descabros presupuestarios en la sección de zapatos de mujer de Bon Marché. Menos mal que tenía una beca.

Y lo más importante, era guapa.

Estudiante de Bellas Artes, 22 años, se ofrece como
modelo para artistas.
Llamar a Louison, 06 23 12 XX XX.

PD: No me desplazo por menos de 50 euros
por hora.
Condición de musa a convenir.

Naturalmente, recibía gran cantidad de llamadas. Un sesenta por ciento procedía de hombres que la tomaban por puta, y un veinticinco por ciento, ante el tono descarado del anuncio, optaban por probar suerte sin meterse la mano en el bolsillo, pero los quince restantes eran efectivamente artistas interesados en lo que podía ofrecerles, y algunos habituales incluso le pagaban muy bien. A fuerza de oírle responder «¿Sí? Yo misma», decidí que tenía el alma desdoblada y con el tiempo aquello se convirtió en una broma particular entre nosotros. Decía: «Yo misma se ha comprado unos zapatos nuevos», o «No cuelgues, Yo misma está agobiada con el cartón de la leche y la harina para tus putas crepes», o bien «Yo misma te quiere mucho, ¿sabes?». Me moría de celos de todos aquellos hombres que no eran yo en sus inmensos estudios con cristalera, por no hablar de aquella exposición en la rue de Seine titulada *Un elfe à ma porte*, en cuya inauguración aprendí que, en la jerga de los fotógrafos célebres, *elfe* significa «en cueros» y *à ma porte*, «en mi catre». Mi carácter pacífico me obligó a abandonar la galería antes de terminar las noventa y dos botellas de champán y los setenta y cinco litros de Campari; la desaparición, aunque saludable, dio pie a una escena espantosa según la cual yo era un repugnante anormal sin el mínimo respeto por el trabajo de los artistas, ni el mínimo respeto por el susodicho *elfe*, ni el mínimo respeto por nada en el mundo que no fuera mi propio ombligo, y Louison me castigó sin ella durante casi tres semanas a base de «Yo misma no puede, tiene un compromiso». Imagino

que era mejor eso que la ocurrencia de un fotógrafo célebre salpicando con sangre fresca sus senos en 30×40 .

Pero aquella tarde, mientras observaba cómo se alejaba por la avenida, tan frágil entre los árboles excesivamente grandes, no tenía idea de lo que me esperaba. La camiseta demoníaca resbaló por última vez de su hombro mientras cruzaba la verja por el lado de Guynemer y yo... yo pensaba que era tan bonita que los alisos tenían que haberse inclinado a su paso, como en un cuento. Digamos que menudo efecto me había hecho. En los días que siguieron, abandoné la cuestión de aprobar el examen como si se tratara de una antigua amante de la que uno se ha cansado, y vagué por el Luxembourg con la esperanza de volver a verla. A pesar de todo, mi tesina estaba consagrada al marqués de Sade, y mi exposición, cual una guillotina, caía en 13 de septiembre. Estábamos a mediados de agosto y no había redactado ni una sola línea de la tercera parte. Pero... el eclipse había empezado.

Volví a diario durante diez días, en los que me mordieron la piel todo tipo de insectos en celo, pero ella no apareció. Con el alma destrozada, acepté pues la semana en Bandol que me proponía Antoine para terminar entre el olor de la madre selva el estudio de *Los ciento veinte días de Sodoma*; tampoco era cuestión de echar por la borda el resto de mi carrera.

Mi carrera... Cumpliré veintiséis años en mayo y actualmente soy profesor de francés, un destino banal, la seguridad del empleo, todo lo que Louison odiaba. Trabajo hace casi dos años en un colegio de Meaux, «Zona de Educación Prioritaria». Los niños llegan a mí sin saber escribir, y la semana pasada, Cathy, compañera de artes plásticas, recibió un par de bofetones de tres chicas de 5.º B que alegaban que era lesbiana. El último tema de redacción que propuse a mis alumnos estaba planteado así: «Inventad un mundo en el que todo sea posible». En la

mayoría de los casos leí el guión de *God of War II* con muchas faltas de ortografía y pocos cambios de ritmo. Cultivo a pesar de todo la esperanza de llegar a ser un mecanismo favorable en la formación de las generaciones futuras y, a pesar de mis numerosas desilusiones, cada alumno que consigue gracias a mí amar los libros constituye mi pequeña victoria personal. Digamos que en la gran inutilidad del mundo me siento útil. Sin embargo alguien está avivando para mi futuro próximo algunas modificaciones, por las buenas o por las malas. Una mujer joven me robó la vida; una niña parece querer devolvérmela.

ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART

Hoy es un día especialmente especial.
Hoy R. me ha traído un cuaderno.

He ido detrás de ti durante mucho tiempo y hoy te tengo. En tu interior tienes líneas de un azul que parece diluido en agua y unos márgenes rosa fluorescente, exactamente igual que la falda que seguía poniéndome para jugar al tenis, que se había quedado demasiado corta y me obligaba a llevar un short debajo, todo por culpa de Stanislas. Mides 21 × 30 centímetros y en la tapa llevas a Dora la Exploradora. Escribo estas palabras gracias a un bolígrafo retráctil con una mochilita que se balancea en su extremo sujeta por una especie de escubidú verde (cada vez que R. me trae algo, cualquiera diría que cree que tengo cuatro años y medio, pero vamos a dejarlo). Dice que tú eres para mí y solo para mí, que te puedo garabatear y hacerte lo que me dé la gana, que nunca vendrá a mirar qué tienes dentro. Da igual. Voy a buscarte un escondrijo.

No hay muchos escondrijos por aquí. O al menos no hay ninguno lo suficientemente grande para que se meta una chica. Pero un cuaderno, aunque sea de tu tamaño, podría caber.

He pensado mucho antes de estrenarte: mi cerebro tenía que configurarse de nuevo como un ordenador que ha estado demasiado tiempo desconectado. Desde luego, he escrito mucho en mi cabeza porque no puedo evitarlo (además, antes de ti no te creas que ha sido pan comido todos los días). Lo que pasa es que en la cabeza es distinto: se puede corregir, y a ti no voy a hacerte tachones, ya que R. olvidó comprarme corrector blanco. Si estuviera aquí, mamá repetiría constantemente que tengo el «Síndrome de la vuelta al cole». ¡Siempre lo mismo! Estoy tan emocionada con las nuevas provisiones que duermo con ellas, pero en realidad no duermo por el miedo que me da que se estropeen o que al darme la vuelta pueda doblar las hojas o que los cartuchos de tinta se despachurren y hagan unos estragos bestiales. La última vez que tuve el síndrome, hice compras de adulto, me refiero a cosas serias del tipo:

- una pluma con plumilla metálica plateada
- cuadernos Clairefontaine
- una agenda con tapas de plástico imitación cuero
- notas de quita y pon aunque no con forma de corazón

y nada de las cosas que me gustaban cuando estaba en primaria, más o menos del estilo de:

- rotuladores con brillos
- carpetas con estrellas
- lápiz de dibujo Hello Kitty
- gomas con forma de cosas (sobre todo de nube)

No quería que los demás se pitorrearan de mí, y más cuando voy un año adelantada y soy bajita para mi edad. De todos

modos, luego lloré mucho por haber obligado a mamá a comprar todas esas mierdas para mayores (¡además, las otras niñas de la clase tenían notas adhesivas con forma de corazón!).... Eso sí, había dormido con la pluma de plumilla plateada y mi agenda de plástico de imitación que apestaba como las muñecas Barbie cuando son nuevas, preguntándome si mis senos empezarían a crecer un día y se parecerían a los de mamá, que son los más bonitos que he visto en mi vida, incluso en la tele. No voy a mentirte: pensaba en cualquier cosa para no pensar en el mañana, porque me entraba un canguelo... Nos habían enseñado el colegio en CM 2. Y me pareció feo y enrevesado, tipo laberinto, con paredes verde oliva agrietadas e hileras de puertas amarillas, rojas y azules marcadas con números absurdos del tipo «224». Me preguntaba cómo se podía sobrevivir en un lugar donde había más clases que fotografías mías en el libro que Papy me dedicó, me refiero a que a eso se le llama VERTIGINOSO, y me había hundido la moral hasta el fondo de mis Converse. Pero finalmente la cosa funcionó. Encontré a Sabrina a los cinco minutos ante el tablón de anuncios y a partir de ahí todo fue fácil, porque con Sabrina siempre todo era fácil, especialmente perderse y reencontrarse en los lavabos de chicas para untarse «cosmic blue» en los ojos, algo que está ESPECÍFICAMENTE prohibido por todas las madres del mundo (excepto por la madre de Sabrina) cuando se acaba de entrar en sexto. Vamos, que me dejaría cortar un brazo si alguien pudiera asegurarme que una vez manca sería teletransportada a su lado en la clase 224.

Evidentemente: IMPOSIBLE.

ME LLAMO MADISON ETCHART

Me comía el coco pensando que ya no sabría escribir, pero como dice papá, es mi «fuerte» (sobre todo cuando aún lloraba a causa de un cero en cálculo mental). Después de reflexionar, to-

davía sé escribir si se considera la cosa desde un punto de vista técnico, pero tengo un problema en el hombro como cuando forzaba demasiado el revés para impresionar a Stanislas. Así que quizá espere a que me salga de nuevo una ampolla en el dedo medio, así dejaré de preguntarme si estoy a seis pies bajo tierra con los otros muertos de mi familia desde el más predecesor de mis predecesores, que era sombrerero en Ruán en 1750 y que medía el mundo en contornos de cabeza, si Papy sigue en la superficie de la tierra fotografiando la vida en blanco y negro, dejaré de dar vueltas sobre mí misma hasta que ya no pueda tenerme en pie, recordaré el mar que golpea contra los acantilados sin tener ganas de gritar y también empezaré de nuevo a respirar sin pegar golpes contra las paredes. Mi cabeza es como un gigantesco juego de mikado y no sé por dónde empezar. En cualquier caso, mis senos han empezado a crecer.

Mierda.

(No hay escondrijo.)

Uf, R. se ha marchado. Solo quería decirme que vendría su madre, así he sabido que era domingo. Ahora que te tengo a ti, lo próximo que voy a pedir será una radio despertador digital con cifras luminosas y un botón especial para ver la fecha. Esto ya será más difícil de obtener, pero de todos modos me gustaría saber qué edad tengo EXACTAMENTE. No puedes imaginarte hasta qué punto es horrible no saber qué edad se tiene exactamente.

Cada semana, la madre de R. viene a visitarle y cada semana él me avisa, como si eso fuera a cambiar algo para mí. Puede que lo haga para hacerse el simpático, no sé. Cuando comprendí que era algo que se repetía todos los domingos, empecé a hacer unas marcas en la pared (una cada semana) con el mango del cepillo de dientes: las hago de cuatro en cuatro, con forma de almohadilla como en las teclas del teléfono, estilo prisio-

nero durante la guerra. Las grabo debajo de la cama para que él no pueda verlas, aunque eso me obligue a hacer de espeleóloga, pues la cama es increíblemente baja. Pero teniendo en cuenta que no sé cuándo hice la primera, solo consigo un indicio. De momento hay once. Quizá fuera ya han empezado las clases, y yo no estoy con Sabrina ante el tablón de anuncios para saber si iremos a la misma clase.

En fin...

Leo de nuevo lo que he anotado y en lo concerniente a mis pechos debo precisar.

Sería mejor decir: excrecencias.

Al escribir EXCRECENCIAS me dan ganas de empezar a girar sobre mí misma hasta que no me tenga en pie. En casa de Papy, durante las vacaciones de primavera, vi un reportaje en Discovery Channel en el que un agricultor sujetaba una gallina por las patas y la hacía girar por encima de su cabeza a una velocidad demencial, como si fuera un nunchaku. Luego le colocaba la cabeza bajo el ala y zas: la gallina se dormía. Parecía un número de magia. De pronto, cuando realmente tengo demasiadas ganas de pegar golpes contra las paredes, giro sobre mí misma con los brazos extendidos como hélices y luego meto la cabeza bajo el brazo. Lo que pasa es que nunca me duermo, al contrario, me duele mucho la cabeza, seguramente porque soy una niña y no una gallina. En fin, resumiendo.

ME LLAMO MADISON ETCHART

ME LLAMO MADISON ETCHART

ME LLAMO MADISON ETCHART

Realmente es una maravilla escribir mi nombre. Me gustaría tener bolis de muchos colores distintos para hacer las A rosa, las D verde, las S naranja, las R azul, las M morado, como hacía antes en mis cuadernos de poesía con el estuche de rotuladores. Pero incluso todo en negro queda bien.

LÉONORE ETCHART
AMÉLIE CAPDEVIELLE
FRANCIS CAPDEVIELLE
También bien.

SAMUEL ETCHART
SABRINA FORET

JULIEN CAPDEVIELLE (= el que era sombrerero en Ruán.
Es mi antepasado favorito de nuestro árbol genealógico, porque
me encantan los sombreros. Cuando sea mayor, diseñaré som-
breros, además ya he empezado mi carrera aunque aún no sea
internacional. También haré bolsos, cinturones y tal vez joyas,
pero esto ya es menos seguro.)

NATHAN JASO
STANISLAS UHALDE (= ♥)
Mejor aún.

RAPHAËL ETCHART

El Día delVolvo Negro, antes de comprender que el gato no
estaba enfermo y que en realidad no necesitaba que le enseñara
el camino para ir hasta la casa del padre de Stanislas, que es vete-
rinario, R. me había preguntado cómo me llamaba. Luego dijo
«Raphaël» ofreciéndome la mano por encima del volante, y se la
estreché. Menos mal (lo tenía en la punta de la lengua) que no
dije: «¡Ah! ¡Qué guay, como mi padre!». No sé explicar muy bien
por qué, pero no me gustaría nada que lo supiera.

Por eso le llamo R.

Un día te explicaré el Día delVolvo Negro, pero ahora mis-
mo me entrarían ganas de morderme los puños y, como estoy
tan contenta de escribir en tu interior, otra vez será.

Pregunto a menudo por el gato. R. dice que se llama Catherine, un nombre nada creíble para un gato (el mío se llama Larry), que está muy bien y que fuera tiene un jardín magnífico en el que se pasa el día pegando brincos persiguiendo insectos y sobre todo mariposas.

Evidentemente: TONTERÍAS.

A veces intento al menos soñar, imaginar el jardín allí arriba, en alguna parte. Procuro convencerme de que noto la hierba bajo los pies y también el sol, que veo el cielo y que es increíblemente azul (aunque sea gris, aunque llueva, da igual). Sueño que hay algo alrededor de mi cuarto, por encima, por debajo, al lado, que está lleno de flores de todos los colores, como el jardín de casa, lo único que, por culpa de las paredes, no puedo verlas. Sueño que un día mi cuarto será transparente y que podré ver a través de él como en los submarinos de la Costa Azul, en los que tienes la impresión de caminar por el fondo del mar. Parece que me encuentre en medio de un bosque muy frondoso con cantidad de ardillas (me gustan mucho las ardillas), marmotas, gnomos y elefantes. Allí habrá una cascada siempre a la temperatura ideal, es decir a 22°, unos columpios que llegarán hasta la luna, plantas carnívoras simpáticas y pájaros con un trinar extraordinariamente melodioso. Habrá uno que incluso sabrá silbar *La javanaise*, que es la canción predilecta de mamá, y si es posible tendrá la cabeza azul (si es posible).

Papá dice que la gente no siempre es tan amable como parece.

Lo dice por la señora Jaso, que es nuestra vecina y la especialista intergaláctica en lagartería. Hace cosas como llamar a los gendarmes el día que Amélie organizó una barbacoa por su treinta cumpleaños (es verdad que estaba pedo y que se pasó horas berreando una antigua canción de un grupo que se llama *Nirvana*, pero aun así...). O bien afirma que Larry se afila las

uñas en las tuyas de su jardín, lo cual es una tontería, pues Larry es demasiado pequeño para saltar la pared. Y una vez nos vino a contar que el señor Salazar (nuestro vecino del otro lado) engañaba a su mujer con la chica de la panadería, otra tontería aún más grande, pues el señor Salazar tiene como mínimo quinientos años y la chica de la panadería todavía va a la universidad. En broma, mamá dice siempre: «A la señora Jaso le encanta que le hagan caso». Y con lo de hacer caso quiere decir contar un montón de historias (verdaderas o falsas pero sobre todo falsas) a gente que ni le va ni le viene. De todas formas, cada mañana nos saluda con frasecitas como «¡Un día espléndido!» o «¡Con este vestido nuevo, Léonore, parece usted Julia Roberts!». A veces nos trae tomates del huerto, y cuando me ve en la ventana de mi habitación me saluda con los dedos completamente pegados, estilo reina de Inglaterra. En fin, dejémoslo. Todo esto para explicar que R. es todo lo contrario: no es tan malo como parece y ya no me da tanto canguelo, seguramente a causa de aquel día que lloró. No creo que alguien que tiene lágrimas dentro pueda ser realmente malo (aunque Papy me contó que había visto al oficial nazi llorar a escondidas de los demás oficiales nazis después de haber golpeado a su chica, Esther Krakowski, en plena calle, cuando Esther Krakowski solo tenía seis años y los dientes separados, todo por culpa de la estrella que llevaba cosida en el vestido, pero procuro no pensar demasiado en ello). Podría explicarte por qué R. lloró, pero antes tendría que contarte lo del día en que dejé de aparentar que soy sordomuda, y antes de eso debería explicarte el Día del Volver Negro, porque si no, como historia, no valdrá un pimiento.

ME LLAMO MADISON ETCHART

He dado vueltas y más vueltas y más vueltas y ahora me siento como en diagonal.

EM LALOM EMAPISN DHCATOT

Lista de las cosas que tenía en casa y que aquí echo especialmente de menos:

- a) Mi reloj sumergible de plástico verde que tiene cronómetro, despertador, pone la fecha y el coeficiente de las mareas (y también la hora).
- b) El espejo de bolsillo Hello Kitty que está en mi estuche de no maquillaje.
- c) El pastel de carne de mamá (y todos los sabrosos platos de mamá).
- d) Larry.
- e) El lector de DVD para ver todas las películas de terror que existen (aunque en realidad ya no me dejan, desde aquella vez en que no quise subir a nuestro coche porque tenía miedo de que nos machacara a todos como Christine).
- f) $e = mc^2$ *mon Amour* de Patrick Cauvin (que es un seudónimo), mi libro favorito (aunque salga una inútil que se llama como mamá) y también mis *Harry Potter*.
- g) Los paseos con Stanislas en su scooter azul eléctrico.
- h) Mi cuaderno de poesías: «Poesías para S. U.».

Me gustaría mucho hacer como la señora Jaso. Sé que no está bien, pero no soporto a Alice. Pensar mal de Alice me ayuda un poco a no morderme los puños y dar vueltas sobre mí misma hasta que no me tengo en pie. A eso de que un chico extraordinariamente inteligente como Stanislas encuentre algo en una chica que no sabe hacer nada más que llevar las uñas pintadas de rojo se le llama INCOMPRENSIBLE.

- i) Mi bodyboard.
- j) El olor de mamá cuando se ha puesto su crema de lavanda.
- k) Mi Harrap's inglés-francés/francés-inglés para contar más

cosas a Hikari («Hikari» quiere decir «Luz» en japonés), la chica de Tokio con la que me carteo, que me escribe con papel Hello Kitty y me ha mandado el espejo citado en b).

l) La barba de papá contra mi mejilla los sábados por la mañana cuando no se afeita.

m) Las Converse arco iris en las que he marcado S.U. con rotulador indeleble.

n) El guijarro agujereado que Sabrina recogió en la playa de Lafiténia y me dio como amuleto, pero que olvidé meterme en el bolsillo el Día del Volvo Negro.

o) Unos Mister Freeze (pido a R. que compre, pero dice que no tiene congelador, así que me pregunto en qué planeta estamos).

R. me prometió que un día me enseñaría la casa.

—¿De verdad hay una casa? —pregunté.

—¡Claro!

—Usted dice que hay un jardín, pero en realidad no hay ningún jardín. O sea que a lo mejor tampoco hay casa.

—Y según tú, ¿dónde viviría yo? ¿En una cueva? ¿En una nave espacial? ¿En Júpiter? Si no hay casa, ¿dónde vivo yo?, vamos a ver, ¿puedes decírmelo? Y hay un jardín. Exactamente como te dije. Lleno de mariposas y de hierbas altas. Incluso hay una cabaña en lo alto de un árbol centenario. ¿Por qué no quieres creerme? ¿Soy un mentiroso? ¿Tengo pinta de mentiroso?

Levanté los hombros al estilo de «por una oreja me entra y por la otra me sale». Parecía ofendido.

—¿Me traerá una radio despertador digital con los números azules y la fecha?

R. se levantó de la cama, donde se había sentado como cada vez que me contaba trolas. Abrió la puerta y salió. El pestillo hizo el curioso ruido de un pestillo que se cierra. Luego pegué la oreja al hierro, pero como siempre no oí nada.

- p) ~~Larry~~ Un tubo de corrector blanco.
- q) La cama de papá y mamá, que es la mejor cama para jugar a pelearnos con Nathan porque rebota como una cama elástica.
- r) Nathan (que es el hijo de la señora Jaso pero no es intergalácticamente lagartón y además es el primer chico que me besó aunque yo no estuviera del todo de acuerdo).
- s) Google, para poder teclear «Guía de nombres de pila» y saber cuántos se llaman Raphaël en Francia (así me enteré de que desde 1946 hubo 1.960 Madison y 7.431 Stanislas. También busqué «Sabrina» y «Nathan», pero ya he olvidado los resultados pues los números y yo no hacemos muy buenas migas).
- t) Oír «Twist» en lugar de mi nombre y saber que acaba de llegar Papy.
- u) Todos los botellines de Gini, de Orangina y de Coca-Cola que están alineados en la bodega de casa, como las muñecas rusas en la cómoda de Amélie (que guarda porque se las regaló su antiguo amor, un oceanólogo llamado Vadim que le rompió el corazón, hasta tal punto que aún no tiene marido a pesar de que sus ojos parecen dos esmeraldas).
- v) La arena en la parte de abajo de mi bañador plateado cuando volvemos de la playa.
- w) El collar secreto en forma de corazón en el que hay una foto de Mounie y que es de oro auténtico.
- x) El sol que entra con tanta fuerza en el salón que se diría que un cohete está a punto de aterrizar en el sofá.
- y) La guitarra que me presta tío Samuel para tocar «Yesterday» (cuando se lo suplico).
- z) Mi cama de hierro forjado que pinté de azul eléctrico con papá aunque mamá no estaba DE NINGÚN MODO de acuerdo y en la que me entreno para convertirme en una gran gimnasta aunque no sea ni rusa ni japonesa.

Y querría muchas cosas más pero el alfabeto no es suficientemente largo.

*Guéthary, 21 de diciembre,
viento intenso, 2º, bajamar*

Cariño:

Estoy vacía. Un montón de huesos... vacío.

Me atiborran de medicamentos y los psicólogos hacen como si escucharan mi silencio, pero cada una de sus preguntas se atasca en mí como una moneda en una fuente seca. Sus deseos no se cumplen; los míos tampoco. El precipicio es tan profundo que la caída de los cuerpos en él no provoca sonido, ni salpicadura.

Tu padre escogería una Vanitas para decir lo que soy.

Léonore, la pluma y el tintero.

Paso la mayor parte del tiempo en casa, ni siquiera me interesan ya las nubes.

La semana pasada, la galería me sustituyó definitivamente por una rubita quince años más joven que yo, soltera y sin niña. Al principio pensé que podría volver. La gente viene para ver las pinturas y usted no es más que un icono entre otros iconos, una figura paralizada en medio de retratos: usted cree que siendo invisible será más fácil esquivar su mirada.

Pero determinadas miradas son inevitables... además de que en Biarritz nos conoce todo el mundo.

Sueño con espacios abiertos, desierto, ciudades superpobladas. Sueño con poder ser anónima, olvidada, engullida en la multitud que aquí ya no aguanto. Quisiera desaparecer en una megalópolis donde la gente dejara de mirarme así, con su lástima, su compasión, sus pensamientos innombrables... ¡Quisiera que dejaran de mirarme como si tú estuvieras muerta!

Te siento latir en mí, Madi.

Nadie quiere crearme, pero si estuvieras muerta, cariño, yo lo sabría. Mi corazón se ha detenido, pero el tuyo resuena en mi vientre, muy fuerte, como un tambor. Estás en alguna parte. No sé dónde ni con quién, pero estás en alguna parte, con los pies en el suelo y la cabeza alta.